



# En defensa de la **ligereza** Las revistas literarias

Margarita Valencia

**E**n 1932, la crítica literaria inglesa Q. D. Leavis escribió con tono acusatorio que “Los franceses compran libros porque Francia tiene un público educado, mientras que los ingleses compran periódicos y revistas”. La contundente afirmación iba acompañada de una lista abrumadora de las publicaciones periódicas que se podían comprar en los quioscos (¡más de



Cubierta de la revista *The New Yorker*, ganadora en 2006 del premio de la Sociedad Americana de Editores de Revistas

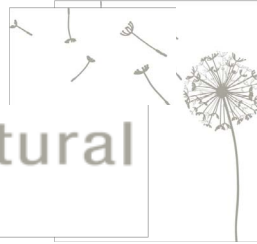
novecientas!); pienso para desocupados, insinúa el tono de la escritora, y aunque salva unas cuantas revistas literarias, entre estas no incluye las que publican historias de detectives, o “ficción vulgar”, y menos las revistas femeninas, aunque sus editores (generalmente norteamericanos) aseguren que en sus páginas se publica “ficción de primera”.

Leavis estaba dando cuenta de la invasión de los bárbaros, hordas de nuevos lectores de cuyos gustos literarios nadie podía dar fe (¡leen para divertirse!) y a los cuales era necesario guiar en el complejo mundo de los libros. Aunque en su famoso ensayo sobre cómo leer Virginia Woolf empieza asegurando que el único consejo que alguien puede impartir sobre la lectura es

que no se debe prestar atención a los consejos, lo cierto es que el ensayo de Leavis sobre el nuevo público lector y el futuro de la narrativa exhibe la ansiedad de la elite intelectual: ¿cómo escogerán la siguiente novela los 43 millones de lectores ingleses contabilizados a comienzos del siglo 20?

También en la educada Francia habían proliferado las revistas durante el siglo 19, pero estas generaban una actitud más amable entre la elite (que aun sentía que controlaba el difícil terreno de la cultura libresca): el editor Gaston Gallimard, leemos en su biografía, se alimentaba sobre todo de revistas, “borradores de la literatura del mañana”. En ese medio, la revista literaria era el lugar de encuentro de jóvenes con ideas afines y el deseo de publicar sus creaciones o las de sus amigos; era el lugar de la rebeldía, el salón de los impresionistas, de quienes secretamente esperaban en la disidencia ser admitidos en la cultura oficial.

Sala de espera de ingreso al mundo grave y severo de los libros, o cambuche, refugio provisional, las revistas literarias siguen siendo publicaciones transitorias, efímeras, cuyo destino es la caneca de la basura más que los anaqueles de las bibliotecas.



Hay muchos tipos de revistas literarias o culturales: en su primer número, *The New Yorker* declaraba su propósito de seriedad, sumado a la esperanza de no llevar a cabo ese propósito con demasiada seriedad. La combinación dio como resultado una tradición de caricaturas que ya dura casi cien años, y unas páginas donde se encuentra la dirección del restaurante de moda, una lista de las películas en cartelera esa semana, indicaciones para llegar a la tienda que vende saldos de Manolo Blahnik y el último cuento de Junot Díaz. O el texto de John Hersey sobre Hiroshima. La revista se puede enrollar para llevar en la mano como una baguette, se puede dejar en la mesita de noche o se puede hojear en la peluquería: podemos dedicarle tanto tiempo como queramos — diez minutos o una mañana — y usarla al final del día para matar una mosca molesta.

Las revistas preludivieron la lectura en internet que tanto irrita a los monjes dedicados: esa lectura simultánea de varias cosas sin prestar atención a ninguna, ese pasearse despreocupadamente por las letras hasta que de pronto algo nos llama la atención y nos obliga a mirar más de cerca, quizás a sentarnos, porque intuimos que pasaremos un rato largo con las páginas en las que Oliver Sacks habla de la alexia de Howard Engel.

Podemos abrir *Golpe de dados*, cuadernillos ínfimos cosidos con grapas, y leer un poema cualquiera, uno de Yves Bonnefoy que dice que “con frecuencia, en lo calmo de una hondura, escucho el caer de un cuerpo entre las ramas”. Quizás no sepamos si Bonnefoy está vivo o muerto, o en qué idioma escribió; el sitio que ocupa en la pléyade tampoco es motivo de preocupación durante la lectura. Aca-

bada esta, podemos seguir con un poema de Roca, o volver hacia atrás y leer a María Mercedes Carranza, sin tan siquiera unas palabras del editor advirtiéndonos sobre el contenido o poniéndolo en contexto.

Pero el editor estuvo ahí, qué duda cabe, y es una de las características más notorias de las revistas literarias: reticentes a progresar hacia la esfera de la industria anónima, sus páginas están habitadas por personas. Sabemos quién tuvo la idea de hacer la revista, quién escoge su contenido semana tras semana, quiénes la escriben, quién la engalana para que la podamos leer sin tropiezos, u hojear si nos da la gana. Ellos son personas y nos convierten a nosotros, los lectores, en personas, invitados a jugar con ellos una tarde. Podemos opinar, criticar con la crueldad con la que solemos criticar lo que amamos, hablar del último número con los amigos. Sentimos, los lectores de revistas, que formamos parte de una vida que fluye con aciertos y equivocaciones. No somos los partícipes silenciosos y apocados de quien ha sido invitado a presenciar un ritual congelado hace siglos en el cual no tendremos arte ni parte.

Hay revistas que nacen con una vocación absolutamente seria: “Nuestra única intransigencia”, dice el primer número de *Mito*, “consistirá en no aceptar nada que atente contra la condición humana”. Otras declaran desde el comienzo su inclinación por el humor: “En términos generales”, declara Harold Ross, editor de *The New Yorker*, “esta revista pretende asumir una postura firme contra el asesinato. Pero no queremos ser fanáticos”. En uno u otro caso, las revistas recuperan para los lectores la levedad que perdió la palabra durante los siglos de encarcela-



miento entre los libros. Quizás por eso, porque desde que nacen están condenadas a desaparecer, nadie hace aspavientos por su destino en el incierto mundo de los lectores de pasado mañana.

**Margarita Valencia** es ensayista, crítica literaria, editora, docente. Fue editora y gerente en Carlos Valencia Editores y directora de la Editorial Universidad Nacional de Colombia y de la División de Literatura y Ensayo del Grupo Norma; dirigió, además, la Biblioteca Nacional de Colombia. Coordina actualmente el Diplomado en Estudios Editoriales del Instituto Caro y Cuervo. La Editorial Universidad de Antioquia acaba de publicar la segunda edición de su libro *Palabras desencadenadas*. Escribió este artículo para la *Agenda Cultural Alma Máter*.